



VII EDICIÓN CLUB DE LECTURA DEL HOLOCAUSTO.

LIBRO 3: IDA FINK, *HUELLAS*.

REUNIÓN: CENTRO SEFARAD-ISRAEL (22-I-2020).

CONCLUSIONES.

—*Huellas* es literatura, pero también narrativa de la memoria, ya que recoge la experiencia de la autora, Ida Fink, como superviviente y recopiladora de testimonios de otros supervivientes, en Yad Vashem. **La literatura o el arte transmiten lo sucedido con emoción**, aunque en ocasiones *Huellas* se hace demasiado intenso para el lector.

—*Huellas* está configurada como relatos cortos —género que no gusta a todos los lectores, quizás por dejar abierta las posibilidades en los finales—, microhistorias de personajes, víctimas o supervivientes. Aparte de su calidad, en ocasiones **se echa de menos información por parte de la autora (ubicaciones de lugares, fechas)**. Apenas se dan localizaciones espaciales ni temporales precisas, salvo excepciones.

«Llego a Z. como antes solían hacerlo juntos, sin embargo, esta vez estaba sola, en medio de una soledad definitiva e irremediable.» (“Ya hemos ido a la ópera”). [El pueblo natal de Ida Fink, en la Galitzia polaca, es Zbaraz].

Se citan nombres-símbolos del Holocausto (Oswiecim-Auschwitz, Belzec, Lodz).

«A la mañana siguiente llegaron las primeras noticias. Provenían de los ferroviarios polacos, que hablaban de un tren compuesto de vagones de mercancías blanqueados con cal viva; mencionaban el nombre de un pueblo: Belzec. Jamás habíamos oído hablar de él. El nombre traía a la memoria una canción popular que empezaba con el “El pueblo de Belz, mi amado Belz”, pero resultó que eran localidades completamente distintas.» (“El segundo pedazo de tiempo”).

«Fue liberado y cruzó el portón del campo con el letrero ARBEIT MACHT FREI. Una oleada de felicidad distinta a cualquiera.» (“Variaciones nocturnas”).

—*Huellas* contiene **tres pequeñas y magníficas escenas teatrales**, incluyendo una, “La huella” que da título a la obra completa, lo cual denota su importancia para la autora. La escena “La mesa” también llama la atención por el absurdo de un proceso casi kafkiano, que al final lleva a la impunidad del culpable. Atmosferas claustrofóbicas, agobiantes.

—En los relatos de *Huellas* **el tren simboliza el viaje a la muerte o el recuerdo traumático de pérdidas por parte de los personajes**, supervivientes que años después evocan a esos convoyes.

«El tren estaba casi vacío, de modo que resulta difícil dar una explicación al hecho de que no ocupase un asiento y que pasase de vagón en vagón mirando todos los compartimentos. Detrás de las ventanas del tren creía un bosque joven. De pronto, tuve un presentimiento, algo que tan sólo había experimentado una vez en mi vida, ya que sólo una vez subí en un tren que iba en dirección equivocada.» (“De viaje, de noche”).

—Ida Fink definió su **sentimiento dominante durante los años vividos bajo la amenaza de la deportación: El miedo constante**.

«Un miedo primordial, dominante pero no único. Porque también había otros más pequeños y también ellos amenazaban peligrosamente, como por ejemplo el temor a que el desconocimiento de las costumbres campesinas, la ignorancia de diversos quehaceres despertara desconfianza y sospecha, delatara que no era lo que se decía ser.» (*Ida Fink*, El viaje).

«Yacía insomne, las horas caían una tras otra del reloj del campanario. Sólo al amanecer logró dormirse. En sueños iba por la calle, un joven alemán le cerraba el paso y la empujaba hacia el portón, era el portón de una iglesia románica. El alemán tenía la cara del muchacho que estaba seguro de que no la molestarían. “Me cogieron”, pensó con alegría, y durante un breve momento, en el sueño, se sintió en paz.» (“Alina y su derrota”).

Los personajes siempre destilan algún tipo de miedo, por supuesto en el momento mismo de la acción, pero también en los situados posteriormente Cada uno lo vive de una forma diferente (la resignación, la valentía, la aceptación, la rebeldía...) o a través de la música, escuchada o tocada con más alma en esta situación límite.

«Zygmunt finalizó la primera parte [del tercer concierto de Beethoven], esperó a que se apagara el último sonido (era un perfeccionista) y, en vez de retomar el calmado acorde en mi mayor que daba inicio a la segunda parte, tal como era de esperar, dijo: -¿Sabes? Allí nos pegan terriblemente.» (“Zygmunt”).

—**Papel esencial que juega la sensibilidad y la ternura en la obra de Ida Fink**. Dice mucho sin ser explícita. Importancia de los sentimientos, la tonalidad de la luz o los distintos colores.

«Pregunta si me acuerdo de Emanuel, un fugitivo de Lodz que recaló en nuestro gueto. Es a él a quien tiene en la mente cuando dice “demasiado tarde”. Me dice aún una frase (que no

termina) sobre un amor súbito en el gueto moribundo, un amor frenético, tierno, arrancado aún a la vida...» (“Eugenia. Apuntes para una biografía”).

—Respecto a la narración, **se confronta ese “pedacito de tiempo” catastrófico (época de la “Shoá por las balas”), interminablemente corto**, frente a un período anterior medido en parámetros de civilización y a veces presentado idílico.

«Una vasta distancia separa el viejo y el nuevo tiempo, el espacio entre la primera operación, a la que todavía llamábamos redada, y la segunda, a la que por primera vez llamábamos con el término correcto: *Aktion*. El nuevo tiempo no expulsó de golpe al viejo, que estaba acomodado en las costumbres y los pensamientos; fue un proceso lento y apenas perceptible y, sin embargo, implacable y consecuente.» (“El segundo pedazo de tiempo”).

«De modo que había dos “entonces” y el “ahora” de hoy, que en unas horas se añadirían a aquellos como tercer “entonces”. En este preciso momento este tercer “entonces” le pareció el más difícil, pues el primero sólo podía ser imaginado, algo que nunca había logrado hacer, o más bien algo que siempre se negaba a intentar.» (“Los pájaros”).

—Historia de las emociones y **nostalgia de los ausentes. La autora sitúa la narración en dos tiempos yuxtapuestos, el antes y del después del Holocausto**. En ningún momento se describe de manera directa el durante de la matanza.

«Desde hace semanas están devolviendo a la vida al panadero Weiskranz, para matarlo de nuevo, siempre con el mismo método rebuscado. Este procedimiento suele estar precedido por algunas aclaraciones topográficas generales, cuya precisión, al igual que el relato de los últimos instantes de la vida de panadero, depende de la memoria de quienes contestan a las preguntas.» (“La resurrección de panadero”).

Quizás la siguiente escena sea una de las más impactantes que encontramos en la obra:

«Junio de 1941 se está acercando su final, los alemanes ya están en la ciudad, la sinagoga ya está quemada, las barbas de los judíos píos cortadas, las tiendas saqueadas, el zapatero muerto de un tiro, sentado en su taburete, con el martillo en la mano, y con él otros nueve judíos.» (“Julia: apuntes para una biografía”).

—En muchos relatos sale a relucir **el concepto de “huellas”**, pistas y memoria de los ausentes, perdidos para siempre de manera traumática. La memoria como única prueba de la existencia de alguien y de la catástrofe.

«La primera y segunda *Aktion* las sobrevivieron en el escondite; la tercera ya no. Muchos años después de la guerra, décadas después... por casualidad se supo... («Por casualidad»... «Décadas después», estas expresiones vuelven siempre, como notas a pie de tantos y tantos destinos individuales).» (“Sabina bajo los sacos”).

«Tantos anuncios en los periódicos, la radio, en diversos comités, y nada; silencio. Es muy extraño, pero precisamente ahora, cuando encontré una huella palpable, me ha dado la

sensación de que no la encontraré nunca... que ella no me está buscando... No buscará... Que no quiere.» (“La huella”).

—**“Dedo acusador” hacia el papel de “los otros”.** Testigos y encubridores de lo ocurrido, o bien aquellos que quieren olvidar, no haciendo público el inmenso dolor de una pérdida irreparable. Los protagonistas cargan con su dolor privado y piden disculpas por sus lamentos.

«Pero que usted haya venido así, a ciegas... Tendría que haberlo verificado antes y no venir así, como... como una polilla atraída por la luz... «¿Cómo podría dudar?», pensó. El mismo nombre, apellido. E hijo. En voz alta dijo: -Una vez más le pido perdón. Ya me voy...» (“LA dirección”).

«Yo veía los ojos de Jaro, unos ojos vivos en un rostro muerto, y veía el odio en esos ojos. Me dio un empujón y me echó [...] Unos meses más tarde, volviendo a casa después de una larga estancia en el hospital, paré en P. El tren salía al anochecer, caminaba por la ciudad aún muy débil y lleno de temor por los míos. Ante mía, a distancia de unos pasos, apareció alguien, con el cráneo como un incipiente cepillo. Pasé a su lado. No le reconocí. Pero él gripo mi nombre y me apretó en un abrazo. ¡Hermano! –gritaba-.» (“La mano”). [En este relato sale a relucir la *zona gris* de Primo Levi]

—**Mirada de la mujer en toda la obra. Ida Fink se ocupa de manera especial en ellas, abundan los personajes femeninos, pero también la sensibilidad en los masculinos.**

«-Dicen que has tenido un novio allí: ¿es verdad?

-Si.

-Cuéntame... ¿De veras es tan... tan bonito?

-¡Masza, cómo puedes...! –exclamó Natalia.

-Tenemos que volver –anuncié, y Masza se levantó obedientemente [...]

La ciudad callaba. Justo después de pasar el puente nuestros caminos se separaban, y allí Masza se detuvo. Su cara, blanca en la oscuridad, parecía una máscara.

-No te enfades... -me dijo-. Compréndelo: simplemente, me da una pena horrible que yo... que ya nunca...» (“Una tarde en el campo”).

«Klara, ¿estás dormida todavía? ¿Lo oyes? Es una oropéndola. Escucha; la misma voz como gutural. Me despertó el canto de la oropéndola. Como antes. ¡Klara!. Klara, donde estás... Klara... Hoy vendrá el dueño y traerá pan y leche. ¿Dónde estás? ¿Por qué no estás? Por qué... por qué...» (“La descripción de un amanecer”).

—**No se encuentra esperanza en los relatos.** No hay finales consoladores ni historias edificantes en ellos, como en todo el Holocausto. Los personajes viven un presente obsesivo, atado al momento de la desgracia.

«Zygmunt murió. No sé cuándo, no sé cómo. Nunca perteneció al círculo de mis más allegados y reconozco que recibí la noticia sobre su muerte –que me llegó una vez terminada la guerra- con una clase de tristeza indiferente. ¡Había que llorar por tanta gente cercana y querida!..» (“Zygmunt”).

«Sacó una botella de Coca-Cola del frigorífico y bebió un trago, mordió una galleta seca. Lo que más le apetecía era recoger los bártulos y volver a casa. Se le antojaba que en casa todo resultaba menos duro. Aunque, cuando estaba en casa creía precisamente todo lo contrario. De momento que daba igual donde estuviera, aquí o allá.» (“La resurrección de panadero”).